

# Aviso a los escritores

por EL ESCRIBA

No vamos a recordar, en este aviso, el libro La Traición de los Intelectuales (Benda) ni tampoco Moral para Intelectuales (Vaz Ferreira) o acaso El Opio de los Intelectuales (Raymond Aron). Estos y otros libros sobre el intelectual no servirían al propósito de nuestro artículo de hoy. Lo peor que pueda ocurrirle a un escritor es ponerse a leer libros donde se le enjuicia, se le emplaza o ataca. Si él no sabe por sí mismo lo que tiene que hacer, por ejemplo, lo que debe hacer frente a la Revolución, no creo que ninguno de esos libritos pretenciosos pueda cambiarlo de reaccionario a revolucionario o de revolucionario a reaccionario. Una toma de conciencia no es cosa a aprender en libros; está, por el contrario dentro de cada cual, se manifiesta en actos concretos, y, sobre todo, se defiende con escritos. También nosotros tenemos nuestras bombas.

Si hablo de este modo se debe a que el intelectual cubano no debe demorar un minuto más su compromiso con la Revolución. Compromiso ciento por ciento. Nada de paños tibios... A la larga, hacen más daño que las tácticas no encubiertas de los contrarrevolucionarios. Por otra parte, se dice que la Revolución necesita de los intelectuales, pero no es menos cierto que ese intelectual, si no quiere negar su condición de tal, necesitará afirmarse en la Revolución.

En este punto hay que detenerse para plantear, de una vez por todas ciertos escrúpulos, ciertos temores presentes en el ánimo de ciertos intelectuales. Algunos de ellos se preguntan: ¿Es que la Revolución no quiere ir demasiado lejos? Otros piensan: las «buenas formas de pensamiento» amenazan ser barridas por los vientos huracanados de la Revolución (en estos días Mañach se quejaba de eso). También se teme que si la Revolución fracasara sería muy tarde para dar marcha atrás, con lo cual ya la están dando de antemano. Por último, los hay que suspiran porque entre embestida y embestida de la Revolución no estaría mal una reverencia versallesca... Se dirá que todo esto es mala fe, y de hecho lo es, pero las cosas no son tan simples ni tan definidas. Si por largos años se ha vivido entre el reaccionarismo, sin duda algo se nos ha pegado del mismo. A unos mucho, a otros poco, pero de cualquier manera de cierto dosaje no nos escapamos. No sería inoportuno hacer un breve recuento del papel desempeñado por nuestros escritores con anterioridad al primero de enero. Quiero decir el papel del escritor frente a la vida nacional y a su política. Cuando decimos papel, rol, misión sobrentendemos clase, agrupación, entidad. No creo que puedan aplicarse estos términos a los intelectuales cubanos ya que nunca pudieron desempeñar un papel. Y tal contingencia no tiene por qué asombrarnos. Si la vida nacional era cosa informe, si proseguíamos siendo una semicolonias, si la consigna era el enriquecimiento de cada cual, si la vida de la nación se basaba en lo personal en detrimento de lo colectivo, entonces el intelectual, como clase, tampoco tenía razón de ser. Y así como ha habido individualidades en lo político, en lo económico y en lo laboral, así también las hemos tenido en el campo intelectual. Unas orientadas hacia el fortalecimiento de los valores humanos; otras hacia el debilitamiento de estos valores. Por supuesto, se comprenderá que las segundas definían el panorama nacional. Las primeras apenas si constituían una resistencia simbólica.

¿Cuál es el cuadro de la vida intelectual cubana en el momento que Fidel desembarca en las costas de Oriente? Veamos primero la parte puramente mecánica de la cuestión. No existe una sociedad de escritores que, en un momento dado, pueda pronunciarse masivamente apoyando este desembarco. En segundo lugar, por el hecho mismo de esta acefalia, estamos aislados del resto pensante del mundo. ¿A qué agrupación de escritores pedir apoyo si empezamos nosotros mismos por la inde-

terminación? Otro aspecto mecánico sería la dependencia de este o aquel escritor frente al gobierno de ese entonces: «además de escritor soy burócrata, y burócrata tan a lo rata que si hago el menor movimiento me echan por la borda». Esta reflexión podrá parecer canallesca, pero si la examinamos desde la inmadurez política de nuestros escritores lo canallesco tendrá que ser substituído por lo irresponsable. Y ya es bastante. En cuanto al resto, pasaba las veinticuatro horas del día tratando de sobrevivir.

Si el aspecto mecánico se presentaba tan informe, qué decir de las convicciones. Ninguna. Se ha dicho con sobrada razón que ya era bastante para un escritor no aceptarle nada a Batista. Entre este no aceptar y una postura revolucionaria decidida, media el pavoroso abismo de la inanidad. Pues en ese abismo estábamos sumidos. He dicho ninguna convicción. ¿Qué nos pasamos viendo toda la vida? Pues que Fulano subía al poder para enriquecerse escandalosamente, que Estados Unidos nos esquilmbaba, que, en general, la prensa era una prensa vendida, que sólo con palancas «se llegaba» y que el hambre era mucha. Era como un esquema trágico que debía cumplirse fatalmente. La fórmula no podía fallar; pasaba de unas manos a las otras, y por eso, cuando Fidel desembarca, pensamos (;pensamos, qué contrasentido!) que este desembarco está condenado al fracaso, pensamos que le ocurrirá lo mismo que a Chibás, y hasta pensamos más: pensamos que de triunfar podría derivar, por ejemplo, hacia un grausamartinismo. Todo esto es duro declararlo, pero conviene decir la verdad, por amarga que sea. Y aclaro: la Revolución contó con algunos escritores. Todo el mundo conoce sus nombres y sus hechos revolucionarios, pero una golondrina no hace verano, y algo de mayor importancia: el hecho mismo de esa participación, por su carácter fragmentario, por su excepcionalidad confirma la regla general a que me vengo refiriendo.

Pasando de golpe al primero de enero nos encontramos en esta situación: los escritores se pelean entre ellos por si hiciste y si por si no hiciste... A diario vemos en los periódicos que Fulano saca los trapos sucios a Mengano; a diario se nos dice que no subimos a la Sierra, que no tenemos defecho a nada; a diario se rastrea en el pasado por si Mengano no dedicó un libro a tal o cual panlaguado o si Zutano no tenía un puestecito bajo Batista... Todo esto, y mucho más se dice, sin ver que esas argumentaciones se fundamentan en las eternas disputas de campanario y que a la postre sólo producen debilitamiento.

El asunto es muy otro. Hay que dejar las miserias a un lado y encarar la Revolución tal como quiere que la encaremos. Si es muy cierto que muy poco o nada hicimos por ella en su período contrabastitiano, también es muy cierto que ahora podemos ayudar a fortalecerla. El problema a resolver es el de ponerse en compromiso abierto con la Revolución. Ella nos dice: «Me tomas o me dejas, pero acaba por definirte». Y no definirse, andar por las ramas, estar en la cerca y otras cositas, puede, y de hecho hace, grandísimo daño a la Revolución. Resumiendo: aviso a los escritores que concluyan por definirse, y a aquéllos que lo están que pongan en evidencia a los que coquetean con la Revolución y también con la Reacción. Será el único modo de saber cuántos somos, para qué luchamos y a qué enemigos debemos enfrentarnos.